tememos que no lo consigan porque todo lo que nos puede perjudicar es siempre objeto de nuestros pensamientos; y tal temor hiela la sangre en nuestras venas.

Y bien mirado no nos falta razón para nuestro miedo; en la efervescencia del sentimiento, cuando todos nos hallamos poseídos del mismo dolor, no hay quien no se sienta dispuesto á sacrificarse en provecho de todos; pero pasado el primer instante y á medida que el dolor se amortigua, hablan en nuestro interior muy alto los deseos y se apodera de nosotros la fiebre inmensa é insensata de la ambición que todo lo avasalla; y es imposible hallar un hombre que sordo á las voces de su interés, siga sólo la conducta que el pundonor marca, cuando el plazo de espera es largo en demasía.

En todos los partidos puede creerse posible que las miras propias triunfen. y entonces ¡pobre España!

Esto lo piensan todos y á todos nos inquieta.

La alarma se comprende y son inútiles cuantos esfuerzos se hagan para destruirla, porque sabemos que aquel que pretende tranquilizarnos, está aun más intranquilo que nosotros y sólo pretende engañarse. ¡Vano intento! Sólo el tiempo puede hacernos ver lo fundado ó infundado de nuestros temores, y hasta tanto ¿cuántos daños no habremos de sufrir por causa de esa incertidumbre? Por lo pronto, el comercio se paraliza; las transacciones mueren y la vida en una palabra, queda en suspenso.

Esta es la desgracia que hemos de sufrir todos, monárquicos y no monárquicos, los que aman la dinastía y los que no la quieren; por esto la muerte del rey, para todos es sensible.

Hasta los diez y seis años no es mayor de edad la princesa de Asturias D.^a Maria de las Mercedes, que por la Constitución es la heredera del trono; hoy tiene cinco, luego hemos de esperar once años para tener un estado de cosas bien afirmado sobre segura base. ¡Once años de regencia! La historia nos demuestra lo que han sido las regencias todas, y por eso no podemos creer en las frases que prometen paz y ventura. ¡Quiera Dios que nos equivoquemos al sospechar!

Entre tanto, como ciudadanos amantes de nuestro pueblo, sentimos la pérdida sufrida; sentimos las calamidades que nos amagan y que de ella son consecuencia y hacemos votos por la prosperidad de la nación.

Perdonad á mi pluma mal cortada, hablaros de ese asunto y repetid conmigo lo que diriais, aun por cualquier enemigo. Alfonso XII ha muerto. ¡Descanse en paz!

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La semana ha sido abundantísima en noticias y emociones: las ha habido de todos tamaños, y para todos los gustos: desde las que causan sensación, dán escalofríos y ponen los pelos de punta, hasta las que provocan la risa y producen un alegre cosquilleo.

Procederé con método, que dicen los lógicos, conveniente, sino para hacer una buena crónica, al ménos para que los lectores del periódico me entiendan.

Ante todo, debo hacer constar que este tiempo me agrada y entusiasma, más que por lo lluvioso, y cuidado si ha llovido, caballeros! por... lo húmedo. La razón es, según un mi amigo músico y poeta, óbvia. De tener un invierno tan frío y crudo como el pasado y por ende los conservadores en el poder, tendríamos necesidad de abrigarnos bien y tomar nuestras precauciones, no por los conservadores, sino por el frío.

Además, por razón de temperamento,—que es una razón como otra cualquiera—yo prefiero, á los tonos secos y colores subidos, el medio ambiente que ahora se dice, una atmósfera tibia y perfumada que fascine y embriague, esa atmósfera, en suma, que produce soñolencia, y marea la cabeza, y escita á... *fumigarse*. De este y no de otro modo se explica el número respetable de bodas que esta semana se han celebrado, no tantas, ciertamente, como en otros años, en mi opinión debido á los estragos del microbio; pero las bastantes para confirmar el precepto divino de *creced y multiplicaos*.

Es verdad que el *desideratum* de toda chica guapa y bonita es caer bajo el dulce yugo de el matrimonio y que la lean la epístola de S. Pablo: pues contad veinte años, casarse y á los pocos meses tened niños monisimos á los que se adora y enloquecen, es el colmo de la felicidad. Así

No ser pollitas lindas
Tan veleidosas,
Y ver que se marchitan
Flores preciosas.
Que la que pasa
De la edad de los veinte,
Tarde se casa.

El lenguaje laberíntico y misterioso de la prensa de estos días sobre futuros y graves sucesos en la política interior de España tiene ya su natural y lógica explicación en la muerte del Rey, suceso, por muchos previsto, por muy pocos ignorado. Los que creían que, á la realización de este hecho, España entraría en un periodo de agitaciones y de turbulencias, se han equivocado. ¡Qué la suerte de una nación no puede estar, no, tan íntimamente ligada á las instituciones que la rigen, que, no ya su existencia, sino su grandeza y prosperidad, dependan de la virtualidad de aquellas! ¡Qué pasan las dinastías y los imperios, porque son lo contingente, accidental y perecedero, y queda siempre la Pátria, porque ésta es eterna é inmortal!

La última memorable semana del mes de Noviembre ha venido llena de melancolías y de tristeza: á la muerte del jóven D. Alfonso, ha seguido la del ilustre duque de la Torre, el héroe de Alcolea, y vencedor de cien combates, siendo sus restos depositados, no en suntuoso mausoleo, cual correspondía á sus relevantes méritos y alta gerarquía, sino en un modesto panteon de familia. La muerte es fría y niveladora. *Pálida mors, æquo pulsat pede, pauperum tabernas regumque turres.*

Hay coincidencias singulares. En el mes que la naturaleza se despoja de sus galas y la Iglesia lo dedica á la conmemoración de los difuntos, muere también el gobierno conservador, y es

sustituido por otro liberal, presidido por el Señor Sagasta.

Nada hay que entusiasme tanto á los españoles — que en todo somos un pueblo original — como un cambio político. Así, después de dar cristiana sepultura á los muertos, practicamos á las mil maravillas el refrán castellano de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo.» Los que esperaban la venida del Mesías prometido y anunciado por los profetas, los que han sufrido largo tiempo la cautividad bajo Faraon, vedlos ya, con sus trapitos de cristianar, ufanos y altivos, caminar hácia Madrid, verdadera tierra de promisión, en busca del maná del presupuesto.

No todas habian de ser tristezas en esta semana. Como la luz tiene sus colores y las flores su perfume, el cielo tiene también sus alegrías y sus fiestas. Me refiero al fenómeno celeste que se observó en las primeras horas de la noche del viernes 27, conocido con el nombre de *lluvia de estrellas*. La ciencia explica y predice esta clase de fenómeno meteorológico, debidos al paso de la tierra por las proximidades de un anillo de materia cósmica que circula alrededor del sol con velocidad planetaria.

Un chusco, al ver la religiosa atención con que un grupo de mujeres miraban en esa noche las estrellas, exclamó:—Se admiran de verlas de noche, cuando yo las he visto esta tarde á las dos.—¿Cómo?—le preguntaron.—Porque á esa hora me dieron... un soberbio pisoton.

MONDOYO.

UN DETALLE

El domingo fuimos agradablemente sorprendidos al terminar la misa de once en la parroquia del pueblo. Contemplábamos abortos á tan distinguidas Señoritas como la sin par Elisa Sobrevilla, que une á su *escultural* belleza, una gracia singular: á las hermosísimas Srtas. de Osorio, que la vista no se causa de admirar; á las elegantes Srtas. de Elola, de Palacios, de García, de Ruiz, Srtas. de Belmonte, de Cruz, de Oliver y más que no recordamos, que en terrible competencia nos ponían en grave aprieto por no sernos posible admirar á todas de una vez.

¿A qué se debe su permanencia aquí, decíamos?

Poco tardamos en obtener respuesta; cerráronse las puertas de la Iglesia y de allí á un instante hirieron nuestros oídos las dulces notas de un órgano expresivo magistralmente tocado por el hábil profesor señor Pinilla, que vióse enseguida eclipsado por angelicales voces que cantaban una armoniosa plegaria. Las niñas Consuelo Bermejo, Consuelo García, Matilde Cruz, Maria Belmonte, Blanca Pinilla, Consuelo Carrasco, Encarnación Maroto y Angustias Bermejo, cantaron con una gran maestría impropia de su corta edad, en el órden expuesto. Era un ensayo de lo que habrán de hacer en la novena de N.^a S.^a Cuando esto llegué á manos de nuestros lectores ya habrán podido escuchar la argentina y hermosa voz de Maria Belmonte; la gracia expresiva de Matilde Cruz, y la dulce entonación de Blanca Pinilla, que entre ellas fueron las que más poderosamente llamaron nuestra atención. Con gran afinación cantaron todos los coros que siguieron; y en el Ave Maria que después oímos hicieron nuestras delicias las frescas vocécitas de Encarnación Maroto, Consuelo Bermejo, y la graciosa de Matilde Cruz, con alguna más que no nos fué posible anotar.

Mucho se puede esperar de tan bellas disposiciones para el arte músico; nuestra cordial enhorabuena al Sr. Pinilla que las instruye y á todas en general pero más que á ninguna á las tres citada Srtas de Belmonte, Cruz